

CORONAVIRUS

El silencio de la Iglesia sobre el encierro es una rendición ante los bárbaros

ECCLESIA

19_05_2020

*John
Waters**



La crisis mundial por el encierro, al menos en la medida en que su lógica y el robo de la libertad han impregnado a Occidente -Europa, América, etc.- puede describirse como un ataque potencialmente definitivo y letal a los Cuatro Poderes de la sociedad moderna,

es decir, a la comunidad humana que ha resistido durante dos milenios basándose en las propuestas de Jesucristo en búsqueda de un mundo en armonía con su verdadera historia de la Creación.

Aunque su significado y definición han cambiado con el tiempo, estos Poderes, en el curso de la evolución de la civilización occidental –es decir, el cristianismo- han sido los pilares que han sostenido y mantenido este histórico orden social y espiritual en su período de crecimiento, consolidación, apoteosis y reciente declive. Aunque han mutado, se han fusionado, encogido y multiplicado con el tiempo y los cambios en las formas de gobierno -de la monarquía a la democracia y ahora, aparentemente, a otra cosa- los Cuatro Poderes han seguido siendo hasta hace poco los pilares de la seguridad, el gobierno, el liderazgo y la educación, y han asegurado la supervivencia, la expansión y la prosperidad de la mayor civilización que el mundo haya conocido jamás.

Los Poderes, o “Poderes del reino” tal y como eran al principio, han cambiado con el tiempo. Al principio, significó una división entre la nobleza, el clero, la burguesía y los campesinos; más tarde, a medida que las sociedades se fueron institucionalizando, el concepto se desplazó hacia algo cercano a la separación de poderes en el gobierno: ejecutivo, legislativo, judicial y de prensa.

El término “Cuarto Poder”, referido a la prensa, fue acuñado en la Cámara de los Comunes en 1787 por el filósofo y político irlandés Edmund Burke, en un discurso durante un debate en la apertura del Parlamento a la prensa. Comenzó su discurso refiriéndose primero a lo que entonces se consideraban los “tres Poderes” –el grupo de los Lord clericales del reino, el de los Lord seculares y el de la Cámara de los Comunes - y luego, señalando los bancos de la prensa, dijo: “Hay un Cuarto Poder más importante que todos los demás juntos”.

Posteriormente en nuestros tiempos hemos visto el concepto de poderes gubernamentales cambiar de nuevo porque, en las olas de secularismo que han pasado por la civilización occidental desde la Ilustración, las Iglesias se ido quedando cada vez más marginadas y su papel y función han sido usurpados por otros, como artistas y celebridades. Sin embargo, puede decirse que, en lo que respecta al liderazgo intelectual, los cuatro poderes han seguido siendo comúnmente entendidos como la política, la religión, el poder judicial y los medios de comunicación.

En la crisis de Covid-19, en la primavera de 2020, hemos sido testigos de lo que parece ser el asalto final a los cuatro, un masivo golpe cultural que ahora amenaza con abrumar y suplantarse el corazón de la sociedad democrática, entendida en términos

cristianos.

A medida que pasan los días, las semanas y los meses de este encierro, Occidente, que antes estaba relativamente tranquilo, ha experimentado una alienación y un desánimo crecientes, causados por la repentina explosión del desempleo, el cierre de empresas, la pobreza generalizada y las crecientes dificultades, la dislocación social, el aumento de la delincuencia y la violencia, la pérdida de viviendas y propiedades debido a las hipotecas impagadas, los problemas de salud causados por la ansiedad y la depresión, el colapso de las pequeñas empresas y los negocios familiares, las enormes pérdidas de empleo, las “muertes por desesperación”, incluidos los suicidios, el alcoholismo y otras adicciones, y más: todo esto, a su vez, se traduce en una reducción de la salud y el bienestar, personal y general, anulando completamente e incluso subvirtiendo lo que eran los objetivos declarados del encierro.

Las estadísticas de la “pandemia”, que ya parecían muy cuestionables, son ahora el resultado de la exageración, la manipulación y la falsificación de las tasas de mortalidad. Sin embargo, las estadísticas que indican las consecuencias del “encierro” son desconcertantes y, desde el principio, describen una civilización en crisis. Tiendas, almacenes y empresas se han visto obligados a cerrar. La producción industrial ha caído en picado. Las escuelas y universidades están cerradas. Las calles se han vaciado, las instalaciones deportivas están cerradas, así como los teatros, cines, cafés, restaurantes, bares y casi todos los servicios que se encuentran en una sociedad civilizada normal. El Gobierno ha ordenado a las personas que permanezcan indefinidamente en sus casas y que no tengan interacciones sociales con nadie fuera de sus familias. A las personas mayores de setenta años se les ha llegado a prohibir salir de sus casas. Incluso en tiempos de guerra, el pueblo de Gran Bretaña, bajo el ataque diario de los aviones de guerra alemanes, no estaba sujeto a tales restricciones draconianas. El país estaba en guerra y amenazado con una invasión inminente, pero aun así era posible una vida normal.



Es de salud y de los expertos científicos, la clase política occidental esencialmente ha salvado, anulado y cedido sus responsabilidades representativas, anunciando la ley marcial a instancias de personajes no elegidos y en gran parte invisibles, sobre la base de una enfermedad similar a la gripe. Los medios de comunicación, el famoso Cuarto Poder bautizado por Edmund Burke, han asumido el papel de brazo propagandístico de la insurrección, negándose a cuestionar el más mínimo aspecto relevante del golpe. El brazo judicial del Gobierno ha negado, como muchos, la voluntad de consentir la lógica y los imperativos de lo que

parece ser nada más que un miedo colosal, cuando no un verdadero engaño.

En mi propio país, Irlanda, he intentado emprender acciones legales contra las condiciones de este bloqueo mundial introducido por el Gobierno irlandés durante la Semana Santa, pero hasta ahora la respuesta ha sido el encubrimiento, la evasión y la hostilidad. La semana pasada un juez rechazó nuestra petición de llevar la legislación relevante a la corte.

Pero quizás lo peor ha sido el comportamiento de las diferentes confesiones cristianas: no necesariamente porque se hayan negado a abrir sus iglesias, aunque aquí es donde todo comienza, sino principalmente porque se han negado a abrir la boca y a hablar a sus fieles por encima de las cabezas de los tiranos que han infligido tales heridas a nuestra civilización y nuestras comunidades.

Por primera vez en la historia, los servicios religiosos han sido suspendidos y las iglesias cerradas. En un momento de enorme estrés y ansiedad, se ha negado a la gente el consuelo de las prácticas y ritos religiosos, a menudo sin la más mínima consideración de las posibilidades de "distanciamiento social" dentro de las iglesias u otras opciones para salvaguardar la salud de los fieles contra la propagación del virus. Para muchos ancianos y devotos esto equivale a un trato cruel e inhumano.

Que a los fieles cristianos se les haya negado el acceso a sus iglesias y a los sacramentos en el tiempo de Pascua de 2020 es algo imperdonable para mí. Que las personas que han vivido sus vidas en el seno de la comunidad cristiana hayan sido abandonadas para morir solas, no sólo sin el consuelo de sus seres queridos, sino también sin los ministerios de un sacerdote de Dios, es una infamia que jamás podrá ser borrada de la historia humana. El hecho de que estos fieles cristianos hayan sido enterrados apresuradamente por grupos de familiares enmascarados y aterrorizados, sin la presencia de amigos y parientes, mientras que los líderes de las Iglesias se han aliado con los tiranos responsables a nivel mundial, es algo, creo, irreparable.

Que no haya habido casi ninguna palabra que infundiera seguridad entre los responsables del liderazgo espiritual, palabras bendecidas por la valentía de su fe, es para mí el aspecto potencialmente definitivo de la crisis actual. Porque si estos supuestos líderes de las Iglesias no hablan con valentía sobre Cristo y lo que Cristo significa, ¿no sugiere esto quizás que tienen la convicción de que -como insisten otros elementos de la cultura- todo es insignificante? ¿Que no hay un Dios que tenga un Plan para la humanidad? ¿Que ahora todo depende de la Ciencia? ¿Que han izado la bandera blanca de la rendición para invitar a los bárbaros a asaltar finalmente las ciudadelas de

la cristiandad?

¿No es ese el significado del silencio? Si no, ¿cuál es?